



nafragio de "Renaldo y Clara" sólo queda flotando precisamente la música. Canciones desnudas, dolorosas, afiladas, negras. Es decir, Bob Dylan sin torpes mensajes. ■

LIBROS

La impotencia como biberón

NUESTROS editores parecen andar aterrorizados con esta coyuntura de crisis, que más que coyuntura ya es algo estructural: motivo por el cual nuestros editores podrían arriesgar más de lo que arriesgan, porque da la impresión de que de la crisis no se sale a fuerza de amilanarse. Sin embargo, los nuevos autores españoles que logran ver publicados sus libros son excepción en un medio en el que priva la prevención, el medir tanto cada pasito que acaba por no ser dado. De momento, Pedro Zarraluki, nacido en Cataluña, con antepasados navarros y castellanos, ha conseguido que su primera novela esté en las librerías (1).

Adentrarse en la barroca, variopinta y con frecuencia enriquecedora prosa de Zarraluki

(1) "La décima sinfonía". Argos-Vergara, 1979.

mueve a ciertas reflexiones sobre lo que su generación puede aportar a nuestra narrativa. En lo estilístico, Zarraluki está claro que es autor pos-sudamericano, lo cual no debe ser interpretado como indicio de subordinación al "boom" aquel, sino como que hay una camada de jóvenes literatos españoles cuya atenta lectura, de cara a lo renovador del cotarro novelístico, seguramente ha tenido acentos de por allá. Y, en lo ideológico, Zarraluki escribe una novela plagada de humor, pero sobre todo de rabia impotente, de venganza imposible, de tremendos cabezazos contra la pared: estamos ante unos jóvenes —porque, pese a la originalidad de Zarraluki, toda la novela es guiño, consciente o no, a gente de su época— que han mamado la impotencia, que se han hartado de ver cotidianamente cómo el sistema tiene unas tragaderas que no se las salta ni un gitano ni un novelista por muchos jeribques lingüísticos que le eche a su labor.

Zarraluki crea un mundo perdido, "inocente", una aldea llamada Coneja, plácida bajo veinte soles y fronteriza del desierto que lleva a la civilización asesina, y la pluma del autor puebla Coneja de divertidos especímenes sacados lo mismo de una mala digestión que de un comic. Los prodigios a que asistimos en dicho

ámbito distan mucho de proponernos una visión roussoniana del asunto; en lo narrativo, siembran en el lector reminiscencias saludables de García Márquez, de Carpentier.

Y es curioso que la novela, acabada a fines de 1977, tenga cierto olor parecido a la recientemente publicada entre nosotros "Tebas de mi corazón", de la brasileña Nélide Piñón, en lo que se refiere a personajes estafalarios y actividades ejemplarmente ilógicas, o muy lógicas, si bien se mira. El otro polo de la atmósfera, el ideológico, entronca también con el discurso de una "Casa de campo", de Donoso.

Lo que "La décima sinfonía" tiene de menos cumplidamente elíptico, de más explícito, es lo que provoca que Zarraluki no logre una novela redonda. Es tam-

cha revolucionaria, sus novelas pierden fuerza, por mucha alharaca formalista que sepan urdir para sostener la trama. En Zarraluki hay a veces aspectos de la realidad española de hoy demasiado caricaturizados, es decir, reproducidos con cuña mecanicista para que entren a formar parte de la tesis de la obra, que no puede ser sino tesis de desespero, de batalla impotente contra la impotencia. Curioso este hiperpoliticismo en un miembro de una generación a la que la caricatura de la prensa pinta todos los días como pasota en la res publica.

La novela de Zarraluki pone de manifiesto muchas cosas esperanzadoras. Dice a las claras que hay gente joven por ahí, escribiendo. Escribiendo bien. Con enorme gusto y pasión por la es-



Pedro Zarraluki.

bién lo que ocurría con "Casa de campo", donde no hacía falta leer entre líneas para encontrarse con escenas como la de un corte de manos que recordaba el que sufrió Víctor Jara a cargo de los fachas chilenos. Cuando a Donoso y a Zarraluki se les escapa la alegoría, o el excesivo simbolismo parabólico, sobre todo al tocar el tema del poder y de la lu-

critura. Con sentido del humor. Con mala leche. Con los ojos atentos al presente, aunque aparentemente narren fábulas intemporales. Este chaval (hay ya que decirlo: nació en 1954) tiene cualidades de escritor: ganas y aliento. Con eso puede hacerse mucho. Habrá más de un Zarraluki, en cuanto los editores quieran. ■ MIGUEL BAYON.